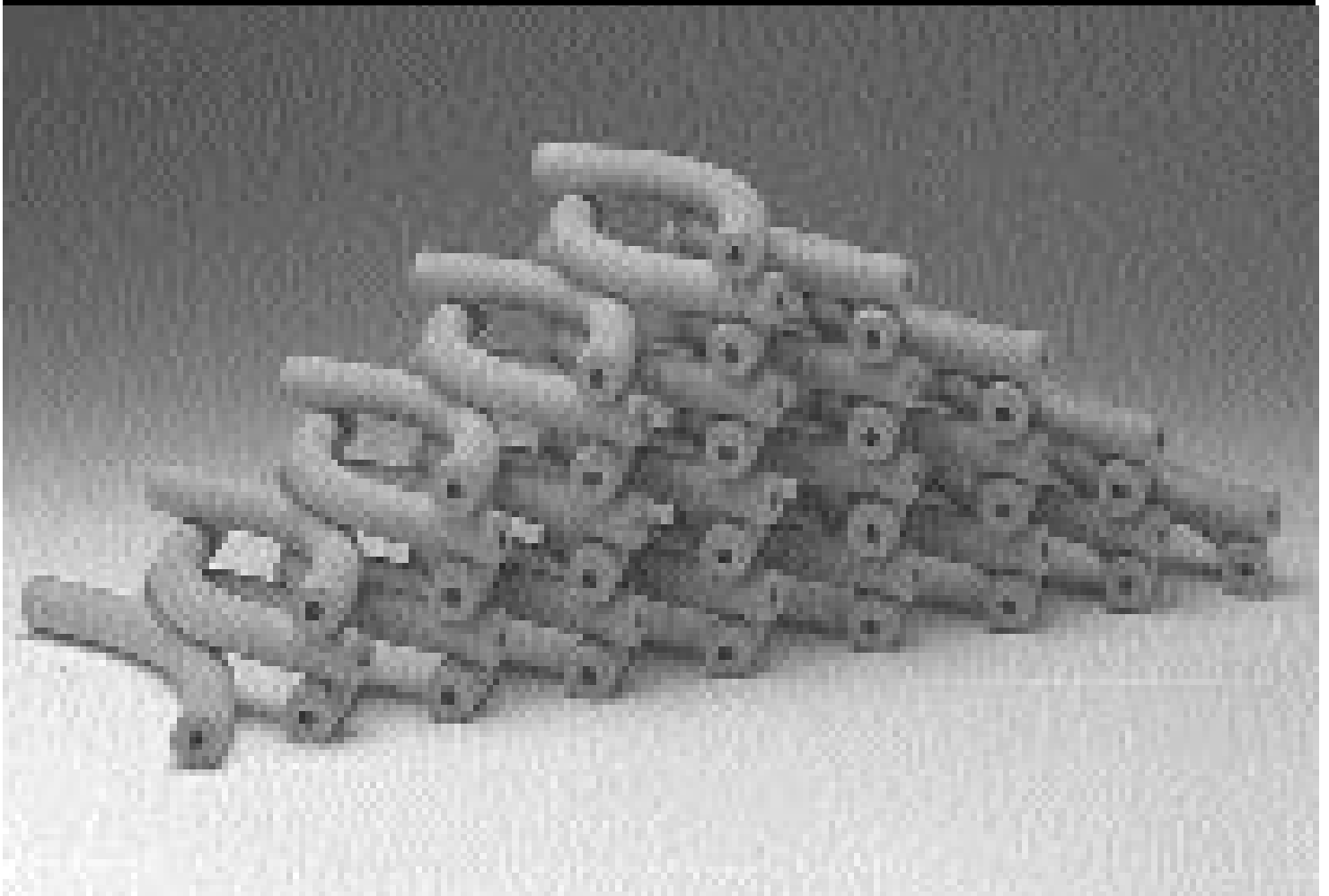


La obra de Gustavo Pérez

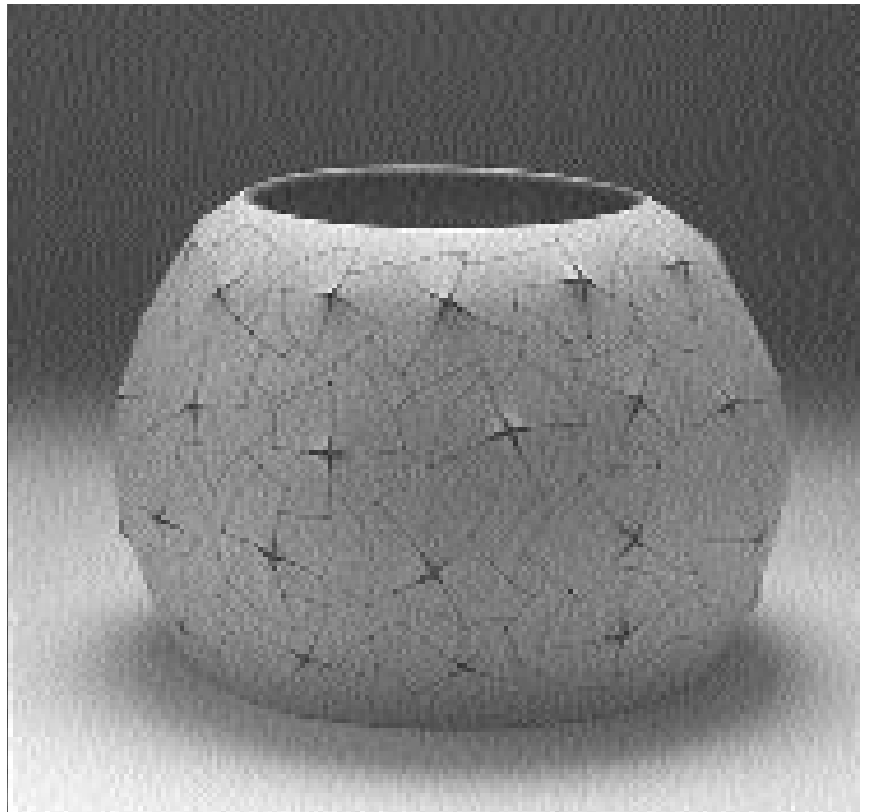
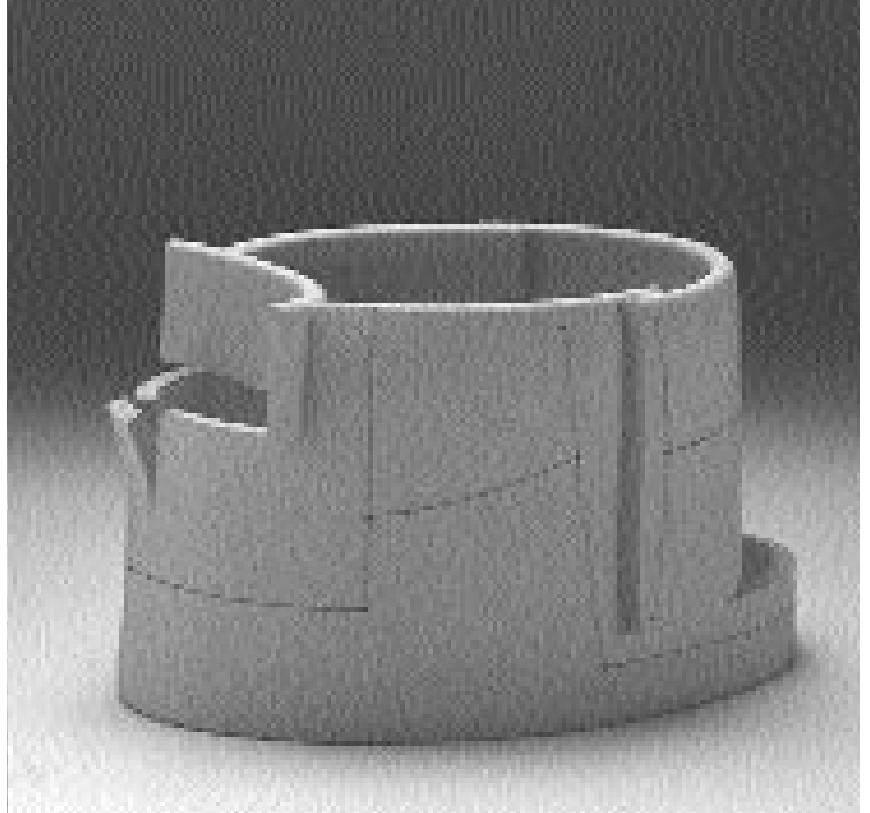
o del rigor en el barro

Alfonso Colorado



Toda obra de arte posee un registro, cierto tono que la caracteriza y a su vez configura las correspondencias con otros ámbitos. Lo señaló Baudelaire en un verso (*Les sons et les parfums tournent dans l'air du soir*) que Debussy secundó con un prelude del mismo título. Inevitablemente, cada espectador propone analogías. Pienso que la cerámica de Gustavo Pérez se relaciona con lo que las palabras aluden pero no circunscriben: intuición, arquetipo, revelación. Creo también que está ligada íntimamente a la música. Ambas cosas se vinculan. La primera porque su obra manifiesta no lo que se ve sino lo que es, o como dice Alberto Blanco, le da "primacía al espacio, al hueco, al aire, al vacío interior". La segunda porque estos objetos, al igual que la música, alcanzan el prodigio de la forma pura: una estructura significativa, completamente libre de asociaciones explicativas; libre de un "contenido" añadido. La forma no es un recipiente, es el centro que al organizar los elementos los define; es el todo y las partes a la vez. Por ejemplo, en algunas tablillas el complejo dibujo funciona como las voces en la polifonía musical. Además, proyectan aquello que singulariza a la música, su materia volátil: el movimiento.

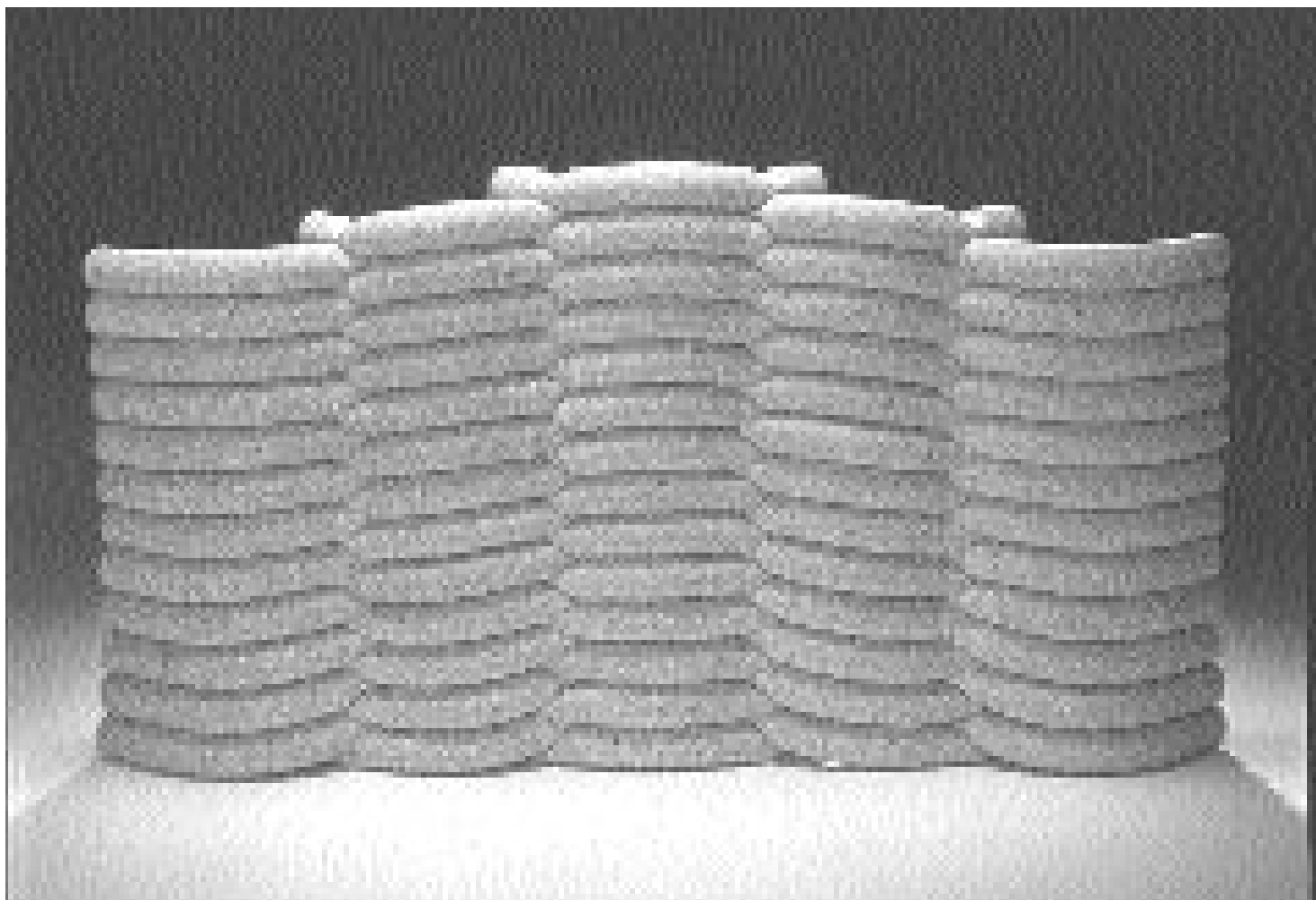
Vasijas, platonos y tablillas revelan una especie de arquitectura interior. Es decir, líneas y volúmenes calcan figuras preconscientes del arte de muchas épocas y latitudes. Gustavo Pérez ha logrado precisar las formas esenciales, aquellas que la naturaleza reproduce una y otra vez en la materia y en los seres vivos. No siempre se aprecian a simple vista porque forman parte de la estructura profunda. Para mostrarlas, su obra se apoya en un sistema simple y complejo, antiguo y moderno, mecánico y lírico: las matemáticas. La intuición en este campo, el sentido de la proporción, la geometría y la relación espacial son el centro de su producción. Su imaginación reinventa estas formas cuya estructura esencial permanece inalterada. Valery señaló: "el universo está construido según un plan cuya profunda simetría está presente de algún modo en la estructura

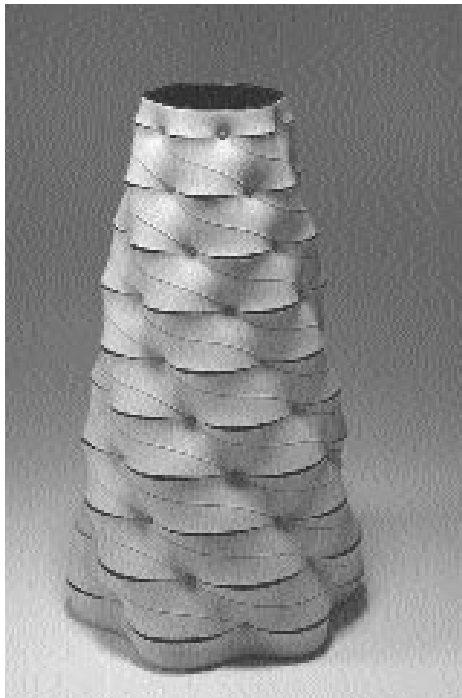
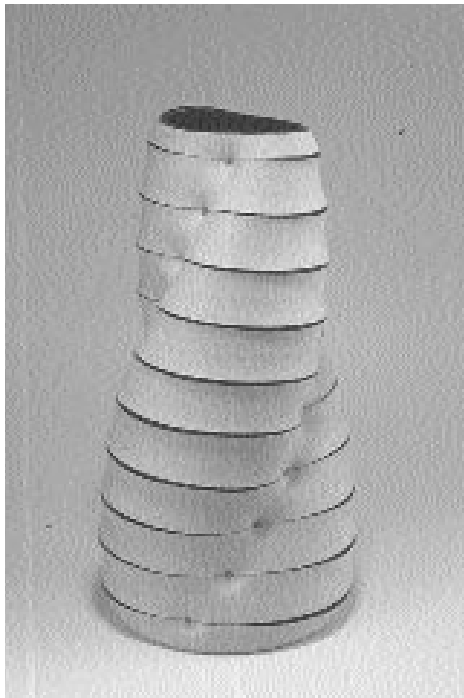


interna de nuestro pensamiento". Acceder a estas dimensiones es una de las variantes de la experiencia estética. La entrañable relación que guardan arte y ciencia ha dado ejemplos admirables. En el Quattrocento, la perspectiva lineal utilizada (y teorizada) por los pintores y arquitectos florentinos sentó las bases del concepto de espacio de la mecánica clásica. Más adelante, en 1638, Galileo (quien en un principio pensaba dedicarse a la pintura) demostró que un proyectil describe una parábola y no dos segmentos de recta, como se afirmaba desde Aristóteles. Sin embargo, artistas como Giovanni di Paolo, Jean Bourdichon y Leonardo ya habían dibujado trayectorias parabólicas. Oswald

Spengler afirmó en *La decadencia de Occidente* que cuando Newton y Leibnitz descubrieron el cálculo integral, Bach lo había desarrollado al estilo fugado.

El arte está ligado a las matemáticas, pero no sólo en el sentido de la perspectiva o de la escala musical, o de la longitud determinada por la tonalidad; hay una identificación más profunda. Bertrand Russell lo resumió así: "Las matemáticas, cuando se les comprende, poseen no solamente la verdad sino también la suprema belleza". Creo que algunas de las mejores piezas de Gustavo Pérez podrían confirmar la idea que la cita enuncia. Si Proclo dijo que "allí donde hay números hay belleza" se puede invertir la frase: donde





hay belleza, hay números. Hay más convergencias. Tanto los científicos como los artistas se ocupan de fenómenos situados fuera de la experiencia ordinaria, y ambos buscan la verdad última de las cosas, no la aparente. Descartes aplicó el álgebra a la geometría. Al graficar ecuaciones se encuentran imágenes sorprendentes. Quizá algún matemático debería aplicar el procedimiento inverso con los dibujos de Gustavo Pérez.

La técnica depurada de sus piezas hace posible que parezcan espontáneas y a la vez exactas. Sólo podrían ser creadas de esa manera. Sin embargo, son producto del riesgo que Hipócrates advirtió hace seis siglos: “La vida es breve y largo aprender el arte, la oportunidad, fugaz; el experimento peligroso y la decisión difícil”. La de Gustavo Pérez encierra muchas paradojas: la precisión llevada al extremo se vuelve sugestiva, la simetría estricta adquiere tintes líricos, evocativos; lo verdaderamente moderno es atemporal.

¿Cómo es posible abrir los canales secretos, quitar las trabas para que fluya esta forma pura y única? “Sigue el camino

del agua”, dice un antiguo proverbio japonés. A mi parecer esta frase resume el proceso que da origen a la obra de Gustavo. En vez de la confrontación con la materia y consigo mismo, el diálogo; en vez de dominar y forzar, encauzar. ¿En virtud de qué una línea trazada en el barro es expresiva? A la par de su valor intrínseco, las piezas alientan a la reflexión. No son únicamente para ver y sentir sino para imaginar. Contemplarlas suscita en mí la experiencia que Jorge Luis Borges describe en el poema “El mar”:

Quien lo mira lo ve por vez primera,
Siempre. Con el asombro que las cosas
Elementales dejan, las hermosas
Tardes, la luna, el fuego de una hoguera. ①

Ilustraciones: cerámica reciente de G.P.

*Vasijas, platonos y tablillas
revelan una especie de
arquitectura interior*